

# Entrevista con Víctor Pérez Díaz

Víctor Pérez Díaz



**V**ÍCTOR Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, ha publicado recientemente un extenso libro, "El retorno de la sociedad civil", que ha tenido importante éxito de crítica. Las cuestiones que en él se tratan son de enorme importancia y de primordial interés

para cualquier observador atento de la realidad española actual. Con él hemos mantenido la conversación que se transcribe a continuación en su despacho de la Fundación Juan March.

—*La primera pregunta que se me ocurre se refiere al título del libro: "El retorno de la sociedad civil". ¿No es un título un poco voluntarista? Tú dices que en las sociedades occidentales se ha producido un retorno de esa sociedad civil, y se ha producido un cierto escepticismo frente al Estado. ¿Acaso no es Sólo que esto ha sucedido así, sino que debería suceder así?*

—El libro tiene dos componentes: un componente analítico y descriptivo, de por qué y cómo las cosas podrían y deberían llegar a ser como son, y otro componente posibilista y normativo, de por qué y cómo las cosas han llegado a ser de otra manera. Yo creo que *de hecho* ha habido en los países occidentales en los últimos diez años un reflujo del Estado en la vida económica cultural y social, lo cual obedece a una multitud de causas. A mí me parece *bien* esta tendencia, por razón de los valores que tengo, y los sentimientos que se deducen de los mismos: sentimientos de reserva o reticencia frente a la arrogancia de la clase política y del poder político, y sus pretensiones desmesuradas de control del mundo; y, por otra parte, sentimientos de simpatía por el deseo de las gentes, sean individuos, sean grupos más o menos organizados, de ampliar los ámbitos de su acción libre.

—*Me ha llamado la atención que tú eres más bien reticente hacia la defensa de lo que se ha denominado "Estado mínimo".*

—El Estado mínimo me parece un objetivo moral legítimo y argüible; pero su realización histórica en esta época me parece muy improbable. El sueño anarquista de una sociedad compleja sin Estado, cuando los intereses que existen en el seno de las naciones son tan múltiples y contradictorios y

cuando vivimos, y viviremos durante mucho tiempo, en un sistema internacional de Estados nacionales, con mecanismos de alianzas entre sí más o menos estables, es irrealizable. El Estado mínimo es un proyecto algo más realista que el anarquismo, pero también choca hoy con obstáculos insalvables. Uno de estos obstáculos consiste en que en los Estados de democracia liberal, las decisiones públicas más importantes dependen del consentimiento de la sociedad. Ahora bien, hay un consenso social generalizado en Europa Occidental, y consolidado desde hace varios decenios, a favor de un tamaño de Estado que podemos llamar medio, con responsabilidades importantes en el terreno de la protección social, la regulación de la vida económica y la provisión de bienes y servicios de carácter colectivo. Cabrían variaciones en torno a este "tamaño medio". Los Estados norteamericano y japonés son variaciones a la baja; los Estados de Europa Occidental son variaciones en alza. En cada situación histórica y en cada nación concreta se puede experimentar con estas variaciones. Es obvio que la Europa Occidental en su conjunto se orienta ahora a reducir el tamaño del Estado; en cambio, la España de la transición ha incrementado sustancialmente el tamaño del Estado español, y sigue aumentándolo. En esta materia importa apostar por una orientación general, pero también importa no quedarse sólo en la orientación general. Como orientación general parece razonable apostar por un Estado de tamaño modesto, eficiente en su terreno propio, capaz de regular la economía con un mínimo de interferencias cotidianas y de negociar sensatamente con la sociedad civil en diversas materias. Pero negociar sensatamente y analizar con realismo esa zona gris de las transacciones permanentes entre el Estado y los diferentes sectores de la sociedad civil, requiere información, competencia técnica, flexibilidad e inteligencia, para ir dando soluciones distintas a problemas distintos.

—¿En realidad, tú eres más partidario de experimentación que de Estado mínimo?

—Por lo menos yo creo más en la experimentación política que en la dogmática política. Los políticos españoles suelen expresarse de una manera dogmática; pero a veces lo que hacen, lo que transigen, lo que se encuentran haciendo sin saber cómo justificarlo, empujadas por las circunstancias, constituye una experimentación inconsciente de gran interés. Luego, con el tiempo, lo que fue una improvisación se consolida y recibe nombre: neocorporativismo, consociacionismo, política de consenso y pactos de Estado, etc. Es una forma de avanzar y entender después lo que ha ocurrido, un poco a trompicones. El ideal sería que la experimentación fuera consciente desde el principio, por lo menos en el mayor grado posible.

—Dudo que la transición haya promovido el retorno

*de la sociedad civil en España, y me llama la atención lo poco que este retorno se ha producido en realidad, porque de algún modo la sociedad española sigue dando sensación de invertebración.*

—¿Tú crees?

*—Me refiero a lo mal organizados que están los intereses, entendiendo por intereses algo muy amplio. Por ejemplo, leyendo lo que tú escribes sobre la medicina, se tiene la impresión de que lo que hay es un caos competencial entre el Estado, los médicos y los pacientes. Ninguno parece organizarse claramente. Leyendo lo que dices del catolicismo, tu conclusión parece ser que éste sigue teniendo relevancia social, pero ¿está organizado? Tampoco parece que esté organizado. Leyendo lo que dices sobre la agricultura, parece que en el sector cunde una actitud profundamente estatista, y al tiempo hay un proceso bastante espontáneo de cambio radical de una forma de vida. No sé hasta qué punto ese retorno no será un retorno parcial.*

—Sí, yo creo que es un retorno parcial y en buena medida insuficiente. Pero de todas formas no creo que se pueda medir la fuerza de la sociedad civil sólo por la capacidad de las organizaciones. Esta fuerza se mide también por la pujanza de los mercados, por la presencia de los movimientos sociales a medio organizar, por la influencia de la opinión pública (que *no* coincide con la influencia de las empresas públicas o privadas de comunicación). Niego que se pueda, y menos se deba, hacer equivalentes la fuerza y la pujanza de la sociedad civil con la fuerza y la pujanza de las organizaciones sociales. Esta es sólo una de las varias formas de organizarse la sociedad civil, ni la más importante, ni la más fructífera.

*—Pero claro, obviamente, la sociedad retorna tanto más cuando se expresa de una forma más coherente, articular y estable.*

—Pero los mercados son también formas coherentes, articuladas y estables de organizar intereses. Lo que pasa es que en este caso la organización de los intereses se realiza a través de un mecanismo distinto al mecanismo propio de las asociaciones de trabajadores, empresarios o profesionales. También pueden serlo los movimientos sociales, o las redes de actores entre instituciones, o las corrientes de opinión. Lo que quiero decir es que hay muchas formas en que la sociedad hace acto de presencia en la arena de las decisiones colectivas. Por ejemplo, paradójicamente, puede hacerlo a través del mecanismo de *no* integrarse en las estructuras organizativas que la ofrece la clase política. La interpretación convencional dice que la no participación en partidos políticos es un índice de *pasividad* de la sociedad civil. Yo creo que eso es una generalización excesiva, cierta tal vez en algunas situaciones,

pero no en otras. Puede ser que la sociedad civil mantenga deliberadamente un distanciamiento respecto a una clase política que no la convence, y lo expresa rehusando entrar en partidos políticos y rehusando convertirse en un electorado cautivo de unos u otros partidos. En realidad, esto a la clase política, aunque ésta haga los aspavientos apropiados a la circunstancia y se lamente de ello, ni le hace daño a corto plazo, ni apenas le preocupa. Porque cuanto menos intervenga el público en los asuntos de los partidos políticos, tanto más campo tienen quienes controlan los partidos para imponer su criterio, y tanto más oportunidades tienen los militantes de base para ocupar puestos en la Administración pública si su partido consigue el poder. De manera que la participación, en realidad, a los partidos políticos les preocupa poco. Lo que sí les puede preocupar es la volatilidad del voto. Esto les obliga a considerar el no encuadramiento partidista de la sociedad civil como un peligro.

—*¿Como un león dormido?*

—Bueno, quizás la imagen sea demasiado heroica. Pero lo cierto es que el país ha sido capaz de dar "veredictos políticos" de una dureza extraordinaria ante la conducta de algunos partidos políticos. Esto es lo que hizo con UCD, cuando extendió fríamente el acta de defunción de aquel partido, un día tan meritorio, pero que acabó en acrobático y suicida.

—*Y quizá lo esté haciendo ahora con el PSOE.*

—No sé si tanto, pero en todo caso las gentes están demostrando que no son un electorado cautivo, y que conservan el pleno control sobre su propio voto. Se trata, en efecto, de un electorado volátil y reticente.

—*¿Quizá esto es lo que ocurre en una primera fase y en una segunda fase vendrá la organización...? ¿O no necesariamente?*

—Yo veo eso que tú llamas una segunda fase como un proceso complejo y abierto. Pongamos un ejemplo: ¿cómo se organizará el proceso actual de protesta de los médicos? Ahí tenemos varias organizaciones operando en lo que es un movimiento social, con un trasfondo ideológico que en estos momentos está amortiguado, con una mezcla de propósitos de mejora profesional (de mejoras de status, de poder en las organizaciones sanitarias y de dinero), con algunas ideas acerca de lo que debería ser la política sanitaria, y con una denuncia justificada de la irresponsabilidad de los gobiernos, tanto centrista, como socialista, por el tratamiento dado, tanto presupuestario, como organizativo, a la sanidad hospitalaria. Todo esto ha sido poco y mal comprendido por los medios de comunicación de masas; pero en cambio, difusamente, parece que ha llegado a la opinión pública. Estamos ante un proceso de movilización de un sector de la sociedad

civil, pero es un proceso abierto, y nada nos garantiza que al final no quede todo en un barullo más, con las gentes desmoralizadas, las organizaciones divididas y sectarias, la opinión pública desconcertada, y algunos políticos triunfantes y otros decapitados, mientras el deterioro del sistema sanitario sigue su curso.

— *Tu juicio respecto de lo que llamas el experimento neocorporativo español es más bien negativo. Por decirlo de otra manera: parece que exiges muchos cambios y muy inmediatamente.*

—Yo no creo que sea negativo, sino mixto. Pienso que el experimento ha tenido algunas buenas consecuencias. Creo que ha reforzado las organizaciones empresariales y sindicales, y este reforzamiento, dadas las circunstancias del momento y del punto de partida, ha sido positivo para el país. Ha favorecido, probablemente, un proceso de aprendizaje de los empresarios y de los sindicatos; y aprendizaje, en primer lugar, de cómo eran sus adversarios, con objeto de poder negociar y convivir; pero también aprendizaje de los límites de la realidad de la economía internacional, lo cual requería irse dando cuenta de que teníamos que entrar en Europa, que era preciso reducir sustancialmente la inflación, que no podíamos permitirnos demasiadas fantasías en el sector exterior, ni en el sector público, etc.: lecciones que por lo menos se han aprendido a medias. Además, el experimento ha permitido el desarrollo de un ritual de acomodo o negociación pacífica entre empresarios y sindicatos, que era congruente con el clima general del consenso de la época constitucional, y con el propósito de la construcción de la democracia liberal en este país. En este sentido la política de pactos (que podemos rebautizar como experimento neocorporatista, si queremos) ha hecho una buena contribución al clima de convivencia y al teatro de la reconciliación nacional, que eran imprescindibles en ese momento.

En cambio soy más escéptico, aunque no totalmente negativo, por lo que se refiere a las repercusiones que haya podido tener la política de pactos sociales en el comportamiento de la economía del país. En general, yo creo que tanto la política de pactos sociales como las políticas económicas de los gobiernos centrista y socialista han tenido repercusiones modestas, y no siempre afortunadas, en el comportamiento de nuestra economía. Nos hemos beneficiado del mantenimiento de una corriente turística muy importante durante todos estos años; nos hemos beneficiado, al menos en esta década de los ochenta, de la evolución general de los precios de la energía a la baja; y nos hemos beneficiado de las inversiones de capital extranjero. Pero estos beneficios hubieran sido mayores si las políticas económicas hubieran sido más firmes, y si los pactos sociales hubieran tenido más en cuenta las necesidades de nuestro ajuste con la economía internacional. Tanto las políticas económicas como la expe-

rienda de pactos sociales han tenido componentes razonables, y componentes dudosos. Es de agradecer que en el año 1977 se contuviera el proceso inflacionario, pero a partir de entonces la inflación ha descendido demasiado lentamente, y el diferencial de inflación se ha mantenido con obstinación durante casi todos estos años. Tampoco veo cómo es posible presentar como un éxito resultados de política económica, y de pactos sociales, que incluyen el incremento de la tasa de desempleo hasta el nivel del 20 ó 22 % que tenemos en la actualidad, y un 45 % de paro juvenil. Tampoco creo que se pueda considerar un éxito la desatención sistemática a las necesidades de infraestructura del país, y al largo tiempo perdido con relación a los problemas de la ciencia, la educación y la sanidad.

Pero una vez hecha esta crítica, a renglón seguido, hay que reconocer que no ha habido alternativas políticas viables para realizar políticas distintas. En tiempos de los gobiernos UCD, las alternativas de política económica y social del PSOE solían ser banales o equivocadas. Cuando el PSOE ha estado en el poder, y ha rectificado en parte sus posiciones de antaño, se ha encontrado con una oposición no más inteligente de lo que fue la suya, por parte de la derecha, en estas materias. Las presiones sociales, tanto de los sindicatos, como de los empresarios, como de la opinión pública, han sido inconsistentes, aunque es de agradecer que, al menos, se hayan dado cita en torno a una "filosofía general" de moderación salarial. Pero no han tomado suficientemente en serio, hasta ahora, al menos, el problema del déficit público, ni el de la competitividad de las empresas en una economía cada vez más internacionalizada. Los empresarios, por ejemplo, han solido jugar a lo que un amigo mío ha llamado el juego del "liberalismo subvencionado": sus declaraciones retóricas son siempre liberales; pero a la hora de la verdad confían en enjugar sus déficit, o acometer sus operaciones de exportación, en base al presupuesto público.

En estas condiciones no es de extrañar que la clase política, en parte por iniciativa propia y en parte como resultado de este juego de las inconsistencias, haya empujado la política económica hacia una especie de zona media entre la sensatez y la demagogia.

*—Pero ahora, ¿tú dirías que ha llegado el momento de la experimentación y de la imaginación?*

—En términos generales, en "ese momento" deberíamos estar siempre. Pero es cierto que ahora la necesidad de experimentar y de imaginar es más acuciante que antes, puesto que tenemos a la vuelta de la esquina el momento de la plena integración en un mercado común europeo, que será para 1992 un mercado plenamente unitario. Llegar a 1992 nos llevará tres o cuatro años, y eso es un soplo. Las empresas españolas están en un punto límite, porque a poco que se descuiden van a ser barridas o absorbidas por la competencia exterior. Los sindicatos también están en un punto límite,

porque su tasa de afiliación es bajísima y su representatividad real muy modesta. Y la clase política en su conjunto sabe que se acerca el momento en que el país va a hacer un balance de diez o doce años de liderazgo político. Ya no cabe hablar más de "transiciones a la democracia", ni de invocar el "legado de la historia". Tenemos que hacer balance de cómo y por qué problemas como el problema vasco y el problema del desempleo se han convertido en problemas aparentemente intratables y han empeorado con el curso del tiempo.

—¿*Qué quieres decir cuando hablas de que la política económica española no ha sido de ajuste gradual, sino más bien de desajuste gradual?*

—Me refería al hecho de que en la política económica ha habido zonas de ajuste, por ejemplo, en la política monetaria y en la política salarial, y zonas de desajuste, por ejemplo, en la política de control del gasto público.

—*Tú haces un análisis muy inteligente sobre la moderación de la clase obrera. Me parece una parte muy brillante de tu libro. Pero eso parece ahora contradecirse con el tipo de protesta social que hemos tenido en los últimos meses. ¿Cómo se explica esto?*

—En general, la moderación de fondo de la clase obrera es compatible con niveles de conflictividad laboral bastante altos. La conflictividad laboral en España ha sido considerablemente más alta que la del conjunto de los países europeos durante los últimos diez años; y, sin embargo, la moderación de fondo de los trabajadores, su carácter reformista, con demandas perfectamente compatibles con el sistema capitalista, es innegable.

Si uno observa lo ocurrido en España durante los primeros meses de 1987, constata que apenas ha habido conflictividad social por parte de la clase obrera ocupada en el sector privado, que es la inmensa mayoría de la población trabajadora, tanto de la industria, como de los servicios. La conflictividad más alta se ha dado en el sector público, y en zonas de crisis, donde los trabajadores contaban con la simpatía de la comunidad local, donde habían acumulado frustraciones graves durante muchos años, y donde se enfrentaban con un interlocutor blando como es el Estado. Por otra parte, ha habido una conflictividad social de una índole muy diferente, aunque también orientada contra el aparato estatal, protagonizada por colectivos de clases medias: estudiantes, profesores, pilotos, médicos, etc. Todas estas movilizaciones recibieron un estímulo importante con el hecho de que los estudiantes consiguieran, aparentemente, "vencer al Gobierno" con cierta facilidad.

—*Un capítulo verdaderamente deprimente por lo que dices, pero en el que me parece que estamos bastante de acuerdo todos, o muchos, es el que se refiere a la Universidad ¿No tendría que ser ésa la primera reforma que necesitaría este país, y, sin embargo, no es ésta una*

*reforma que tiene muy pocas posibilidades de salir adelante? ¿No existe la sensación de que hoy por hoy no hay más remedio que intentar hacer algunos núcleos selectivos porque la Universidad no tiene ya solución? Tampoco es que la del pasado fuera una maravilla.*

—El punto de partida, la Universidad de los años cincuenta, era muy mediocre, aunque quizás bastante mejor que la Universidad de los años cuarenta. Los años sesenta fueron inciertos y estimulantes. Desde los setenta estamos en un proceso de deterioro gradual e ininterrumpido, por una multiplicidad de causas, que probablemente ha llevado a la Universidad pública a un estado de enfermo crónico. Afortunadamente, hay islotes de sensatez, como los ha habido siempre y los seguirá habiendo, al amparo del caos universitario (y, gracias a Dios, hay todavía bastante caos en la Universidad). Eso permite que sobrevivan algunos núcleos de creatividad. Pero lo cierto es que en el tema de la Universidad ha habido como un acuerdo tácito y perverso, en no enterarse del problema y en instalarse en una posición bien de voluntarismo, bien de indiferencia y "sálvese quien pueda", bien de crispación y de lamentación irresponsables. Se ha permitido por un lado la marginación de gentes mayores, capaces y con experiencia, y por otra el bloqueo a las ambiciones de los más jóvenes. Se ha creado una situación de deterioro difícilmente reversible, al menos en un período de unos diez a quince años.

*—Sorprende un poco tu diagnóstico porque eres menos pesimista en otros terrenos; pero éste es tu terreno profesional.*

—Bueno, diez o quince años no son una eternidad: pasan relativamente pronto. Lo que no sabemos es lo que ocurrirá entonces. Quizá incluso vayamos a peor. Pero mi esperanza no está puesta en modo alguno en el paso del tiempo. Mi esperanza está puesta en el contraste entre el deterioro grave de la institución de la Universidad pública durante estos años, y el dinamismo del país en otros órdenes de cosas, en parte obligado por su incorporación a la economía y a la política internacional. Este contraste explica la aparición de experimentos de enseñanza superior y de investigación fuera del ámbito de la Universidad pública. Confío en que estos experimentos constituyan un estímulo a las universidades públicas existentes. En cambio, por lo que se refiere a los efectos de cualquier reforma legislativa, y de cualquier auto-reforma universitaria, soy profundamente pesimista.

*—Otro aspecto muy interesante es lo que dices sobre la clase empresarial, y sobre sus actitudes políticas. Me parece que el análisis que haces de esas actitudes es muy correcto, pero al mismo tiempo, ¿no da la sensación de que a veces los dirigentes empresariales han jugado fuera de su*

*terreno porque veían que el campo de la política era el reino de la insensatez, y han tendido a un protagonismo que no es habitual en otros países?*

—La verdad es que, tanto los empresarios, como los dirigentes de las asociaciones empresariales en los países europeos suelen adoptar posiciones políticas en determinados momentos. Consideran preciso defender lo que ellos llaman una filosofía de economía de mercado, y hacerlo con especial énfasis en muchas circunstancias; y, desde luego, intervienen activamente en el debate público sobre la definición de políticas económicas y sociales, tanto de carácter puntual como de carácter general. Tampoco dudan a veces en tomar partido en las competiciones electorales, exactamente igual que lo puedan hacer los sindicatos, y con la misma justificación. De modo que las intervenciones de los empresarios y los dirigentes de asociaciones empresariales españolas en nuestra vida política no deben considerarse excepcionales. Otra cosa es el acierto o la prudencia de esas intervenciones, y eso depende de las circunstancias de cada caso. Por otra parte, tampoco es lógico, a pesar de todas las críticas que podamos hacer a la clase política, caracterizar su reino como un reino de la insensatez: ha habido mucha sensatez en el proceso constitucional, en la política de pactos de Estado de la primera fase de la transición, en las rectificaciones del partido socialista, en la evitación de males mayores en materia de política internacional y de política interior, etc. Esto es evidente. Pero si hablamos, no ya de insensatez en general, sino más específicamente del desconcierto de la vida política en las zonas del centro y la derecha del país, que son las más afines a los empresarios y a los dirigentes de las asociaciones empresariales, también hay que decir que algunos empresarios y algunos dirigentes no han sido precisamente ajenos a la producción de ese desconcierto.

*—Para concluir, una de las sorpresas de la transición española es que da la sensación de haberse convertido en indefinida o infinita. Es cierto que hay volatilidad del electorado mayor en los últimos tiempos, pero el hecho es que la consolidación del sistema de partidos no se produjo en 1977 ni en 1979, ni en 1982, ni parece que se haya producido en 1986, de modo que en julio de 1987 no sabemos adonde vamos en ese terreno. ¿Tú crees que está más consolidado el panorama de los partidos hoy día? ¿Se ha llegado al límite de la derecha, entendiéndolo por derecha a Alianza Popular?*

—La metáfora de la consolidación es una metáfora a veces engañosa. Parece como si la vida política, o la vida en general, fuera una casa que se construye, a la que se ponen cimientos, que se consolidan. Pero la vida política, como la vida en general, más se parece a un río que fluye, como decía el viejo Heráclito, que a una casa.

*—Fluye, pero no tanto; quiero decir que se habla, por ejemplo, de una gran derrota del partido comunista en Italia, y esto sólo porque ha perdido dos o tres puntos.*

—Lo que quiero decir es que a veces se habla con ligereza de tendencias que se estabilizan o se consolidan. El sistema de partidos inglés parecía un ejemplo de consolidación de un sistema, bipartidista, y así ha funcionado durante cerca de treinta años. Sin embargo, la ascensión de la señora Thatcher, la división interna del partido laborista y los reajustes económicos e institucionales de todos estos años han alterado sustancialmente aquel sistema. En Francia ha habido alteraciones importantísimas en el sistema de partidos a lo largo de los años setenta. Lo que acaba de ocurrir en Portugal indica también una transformación muy importante en este terreno. Quiere decir todo ello que lo que parece consolidación o "tendencia histórica" es, en realidad, con frecuencia, un espejismo, que nos conduce a sobrevalorar la importancia de lo que estamos viviendo, o la importancia de una fase relativamente reducida de tiempo, diez a veinte años, quizás menos. La verdad es que en casi todos los países del mundo occidental estamos en una fase de volatilidad relativa del voto político, en el que está cada vez menos clara la conexión entre las posiciones socio-económicas y el voto. En Inglaterra, la señora Thatcher está obteniendo entre los obreros cualificados un porcentaje del voto muy similar al que obtienen los laboristas. Ha habido también un debilitamiento en la conexión entre actitudes religiosas y actitudes políticas. En estas condiciones los partidos no cuentan ya con electorados fieles; tienen que ganarse sus votantes a pulso, año tras año, o elección tras elección, a base de presentar resultados y argumentos convincentes. De manera que sólo pueden confiar en "consolidarse", si sus resultados y sus argumentos son "sólidos". Naturalmente que también cuentan, en algún grado, las afinidades ideológicas más o menos vagas, y las lealtades familiares o locales. Y, por supuesto, también cuenta, y en ocasiones mucho, el azaroso componente del carisma personal; pero ese carisma tiene mucho que ver con la experiencia de resultados del pasado y con la credibilidad de los argumentos que se manejan. De todas formas, si lo que está ocurriendo en el resto de Europa puede ser una indicación o una guía para nosotros, quizá un escenario plausible a la vuelta de unos pocos años sea el de un partido socialista que acerca sensiblemente sus porcentajes a la zona del 32/35 %; y un espacio también del 30 al 35 % a cubrir entre el centro y la derecha, en proporciones variables en función de la capacidad de liderazgo y de la capacidad de organización. Quizá alguien pudiera pensar que ese escenario llegaría a ser relativamente estable a medio plazo, en el supuesto de que no se dieran acontecimientos críticos y extraordinarios. Pero justamente los acontecimientos críticos y extraordinarios son la vida cotidiana de la historia.